

A LA PERSONA LECTORA

Michel Eyquem de Montaigne nació el 28 de febrero de 1533, entre las once de la mañana y el mediodía, en el castillo de Montaigne, en la región francesa de Périgord. Su madre fue Antoinette de Louppes de Villeneuve. Su padre, Pierre Eyquem de Montaigne. De niño le decían Michou. En 1565 se casó con Françoise de la Chassagne y un jueves de septiembre de 1571 nació Leonor, su única hija.

A lo largo de su vida, Montaigne sirvió como magistrado en los parlamentos de Périgord y Burdeos; de 1581 a 1585, fue alcalde de Burdeos. Su participación en la corte, como consejero y mediador, fue constante pero discreta. En una época marcada por las guerras de religión entre católicos y protestantes, o hugonotes, hizo lo posible por mantenerse en paz con ambos bandos sin comprometer su independencia de pensamiento. En febrero de 1571, a los 38 años, se retiró en una de las torres de su castillo, decidido a pasar el resto de su vida “consagrado a la libertad, a la tranquilidad y al placer”.

En 1580, entregó a la imprenta de Simon Millanges, en Burdeos, los dos primeros tomos de *Los ensayos*. De esa primera edición se publicaron, quizá, quinientos o seiscientos ejemplares. Después fueron apareciendo más ediciones, incluso un tercer libro. No sería exagerado decir que Montaigne siguió trabajando en sus ensayos hasta la víspera de su muerte.

En vida, Montaigne tuvo dos amigos esenciales: Étienne de La Boétie y Marie Le Jars de Gournay. De sus muchos detractores, René Descartes y Blaise Pascal son acaso los más célebres.

Montaigne murió el 13 de septiembre de 1592 en el mismo castillo donde nació, a causa de una amigdalitis derivada de un ataque de piedra. Tenía 59 años. Antes de que la hinchazón cerrara su garganta por completo, pasó tres días sin poder hablar. Durante ese tiempo, postrado en una cama y rodeado de gente, seguramente añoró la posibilidad de haber muerto años antes, cuando cayó de su caballo.

Por decisión de su viuda, su cuerpo fue desmembrado. Enterraron su corazón en la iglesia de Saint Michel, dentro de la propiedad familiar, y el resto fue enviado al monasterio de los Feuillants, en Burdeos. A cambio de albergar el cuerpo y decir misas por su alma, la congregación recibió un dinero destinado a mejoras en la fachada del edificio. Marie de Gournay heredó sus libros y papeles. En 1595 publicó la tercera edición de *Los ensayos*.

Las páginas de este libro son el murmullo de todo lo que estos datos biográficos no alcanzan a decir.

Cuando no habla nadie, la voz es de Montaigne.

habla Pierre

Más que montañas eran colinas, pero *de Montaigne* me pareció más elegante. Mi abuelo Ramón pagó novecientos francos por el castillo y se cambió el apellido. Mi padre cambió el pescado ahumado por la política: yo heredé la náusea por lo primero; mi hijo se hizo alérgico a lo segundo. El día que le entregaron las llaves, el viejo cerró la puerta con candado y abrió una botella de vino para celebrar. Estaba solo.

Eran suaves las curvas de la tierra y suavemente nos fuimos volviendo nobles.

habla Antoinette

Al nacer, mi bebé me miró como si no me reconociera. Toqué mi piel recién nacida en otra carne, me derrumbé con entusiasmo y junté yo sola los pedazos.

Retrato hablado de mi amigo Michel

habla Étienne

Primero una lección de anatomía.

Todo en él está de acuerdo, encaja
como si dios hubiese terminado
al fin y al cabo,
el crucigrama.

Fugaz correspondencia entre elementos.

Su cuerpo denso y leve, musculoso,
la gracia de los ojos, las mejillas,
la forma regular de la nariz,
el orden y blancura de los dientes,
el espesor parejo de la barba,
la exacta proporción de la cabeza,
poco pelo en corona cenicienta.

Su mirada: ventana

abierta hacia el viñado.

Trae un cosmos debajo del sombrero.

Manto a la bandolera, capa al hombro
y siempre anda con una media floja.

Consciente de su talla pequeñita,
le gusta cabalgar para elevarse.

Pero acá no hay pedestal
y no hay retrato
que esté a la altura de los hechos.

Segundo, levantemos el telón.

Michel llega a la dicha
por la ruta más breve
y no conoce el arte
absurdo de estar triste.

Despierta y amanece en toda Francia.

Habla fuerte, desprecia el fingimiento.
Es un payaso serio y distraído.

En tiempos de obediencia empecinada
todos tienen un jefe menos él.

Hasta para enfadarse se entusiasma:
en la hora más violenta
guarda la calma
y suelta su opinión
como una fruta.

Quién sabe si Michel
es un sabio
o es un loco
pero incluso la última mañana
con la plaga cerrándome los ojos
me dijo *hola, amigo, buenos días,*

bienvenido a la fiesta de estar vivo.

A él siempre le gustó hablar con los muertos
y yo soy su muerto favorito.

Es extraño morir, volverse polvo.
Pero tomé su mano y lo logré.

Bajaron las persianas y la gente
abrumó a Margarita con su pésame.

Pero mi ausencia
punzaba en otro sitio.

Mi viudo fue el señor sentado a su derecha.